

VII.

Los teatros de hoy.—Las *Catacumbas* de San Sebastian.—Escursiones á Tiboli, Frascati y Albano.—Iglesias y palacios.—El Papa en la calle.—Fin del año.

Roma 31 de diciembre.

Ha pasado una semana, mi querido amigo, desde que te escribí mi última carta. En ese tiempo he visto mil y mil cosas que hubiera debido referirte; pero el mismo cúmulo y variedad de mis impresiones no me ha dejado tiempo ni tranquilidad para ello, y hé aquí que hoy, cuando me dispongo á realizarlo, no sé ya por dónde empezar; reconozco que es imposible decírtelo todo, y hasta tengo miedo de no decirte nada en una forma inteligible.

Hace dos horas terminó el año de 1860, que vi principiar en Africa al estampido del cañon de los Castillejos. Es por lo tanto tambien solemne la hora en que te escribo esta carta, que no he querido prorogar mas por todas las siguientes razones.

Primeramente, porque siendo hoy fin de año, me creo en el deber de cerrar, como si dijéramos, mis cuentas con lo pasado.

En segundo lugar, porque no quiero confundir en mi imaginacion con ningun otro recuerdo las sensaciones que me produzca mi visita al papa, de cuya antecámara acabo de recibir la siguiente comunicacion, que te traduzco literalmente al castellano:

DE LA ANTECÁMARA PONTIFICIA.

VATICANO 31 DE DICIEMBRE DE 1860.

Se suplica la presentacion de este billete al llegar á la antecámara.

Se advierte que no se podrá ser admitido sino de uniforme; y si no se tiene, de frac negro, corbata blanca y zapato bajo.

Se previene al Sr. D. Pedro Antonio de Alarcon que SU SANTIDAD se dignará admitirlo en audiencia el miércoles 2 de enero próximo á las once de la mañana.

EL MAESTRO DE CÁMARA DE S. S.

(Hay una rúbrica.)

En tercer lugar, porque estoy vivamente impresionado con las escenas á que he asistido esta tarde y esta noche, y no quiero diferir su descripcion, ni escribirlas dejándome atrás otros sucesos.

Manos, pues, á la obra.

Primeramente, sabrás que ya comenzó el deseado *Carnavalone*, y con él la temporada cómica y lirica de Roma.

En el *Teatro di Apollo*, que es el principal de la ciudad eterna, he visto un

gran baile de espectáculo, de argumento y trajes turcos, y córte y música de Francia, tan pagano y deshonesto como los mejores de París ó de Milan; y á la noche siguiente, en el mismo coliseo, he oido cantar la *Traviata*, que aquí se da con el titulo de *Violetta*, por considerarse muy escandaloso el anunciar en las esquinas que ha habido una mujer *estraviada*.

Al *Teatro Valle* (segundo de la ópera) hemos asistido tres noches consecutivas todos los españoles residentes en Roma á admirar en la *Sonámbula* á madama Gassier, ó sea á la sevillana Pepá Cruz (que asi se llamaba la distinguida artista antes de casarse con Mr. Gassier), la cual nos ha llenado de orgullo cada vez que el público la ha hecho salir á la escena entre aclamaciones y aplausos.

Mis amigos y yo ocupábamos una platea de proscenio, desde la que elogiábamos y victoreábamos á la cantatriz andaluza en el vivo y ardiente lenguaje de su tierra; y ha sido de ver la alegría, la emocion, la gratitud, el entusiasmo con que nuestra compatriota nos correspondia; como han sido de oir los diálogos que hemos cruzado con ella *sotto voce* desde el palco al escenario, á pesar de no tener el gusto de tratarla.

Otra noche he ido á la anunciada *Presa di Tetuan* en el teatro Albert.—Era tambien una sustitucion de nombre.—Lo que realmente se representaba era la conocida pantomima *Napoleon en Egipto ó la muerte del general Kleber*; pero por no despertar un mal recuerdo á la guarnicion francesa, la habian bautizado de *Toma de Tetuan*.—Los soldados del papa, los héroes de Castelfidardo en carne y hueso, hacian en la escena una porcion de evoluciones que el público aplaudia con frenesí.—Y es que en Roma, ciudad eclesiástica, el militarismo es maravilloso, extraordinario, el *summum* de la poesia en accion.—Como quiera que sea, tuve el gusto de ver sobre las tablas á O'Donnell, Ros de Olano, Prim, Zabala y otros respetables amigos míos, que me costó mucho trabajo reconocer, asi como á Muley-el-Abbas, Muley-Hamet y una falange numerosa de infieles.

A muchas singularidades y sustituciones por el mismo estilo da lugar frecuentemente en los teatros de Roma el carácter clerical de las autoridades pontificias. Por ejemplo: los jueves acaban forzosamente las representaciones antes de la media noche, á fin de evitar la profanacion del viernes.—Un dia de vigilia, creo que víspera de San Pedro, anuncióse en el mismo teatro Albert una comedia, traducida de un vaudeville francés, titulada la *Cena de los dos pollos*, en cuya comedia fingen los actores que se comen aquellos dos volátiles; mas hé aquí que el señor Mateucci (monsignor governatore) encontró absurdo que ni por broma ó en apariencia comiese nadie pollos en un *dia de magro*; é hizo cambiar el titulo de la pieza por el de *La cena de los dos besugos*.

Semejantes nimiedades son á veces demasiado significativas.—V. gr. En la *Norma*, se suprime el duo de tiple en que figuran los dos niños, por considerarse que una sacerdotisa no debe aparecer con hijos...—¿Es este un celo pagano trasnochado, ó es un escrúpulo *genealógico* ó *etimológico*... de ciertas instituciones?

Hay mas... aunque esto ya se justifica racionalmente: la *Lucrezia Borgia*

de Donizetti se representa en Roma con el título de *Elisa da Fosco*.—¡Bueno es que se ignore un poco la historia, sobre todo por la plebe irreflexiva!

También comprendo que la acción de la *Favorita* se haya trasladado al Africa y que los personajes vistan el jaique en lugar del hábito.—Cuando no hubiera otras razones que lo abonaran, todavía podría esplicarse esta mutación bajo el punto de vista artístico. Recuérdese lo que dije mas arriba hablando de las evoluciones que hacen las tropas en la escena entre un diluvio de aplausos. Por la misma razón que es interesante en Roma la milicia, dejan de serlo los frailes. Lo poético debe ser peregrino: lo que se ve con frecuencia no se presta á las ilusiones de la mente.

Y esta es la ocasión de decirlo, por si no se me presenta otra mejor: en Roma hay (lo copio de una estadística) alrededor de 40 obispos; 1,385 sacerdotes; 2,474 religiosos; 1,657 seminaristas y colegiales; 2,052 religiosas, y 2,615 pensionistas en los conventos y orfanatos. Las congregaciones de religiosos que ascienden á 55 y que reúnen el número de frailes arriba espresados, se dividen en: basilios, 1; benedictinos, 21; camaldulenses, 20; cartujos, 17; monges de Vallembreuso, 8; cistercienses, 39; olivetanos, 15; y armenios, 1.

Las órdenes mendicantes tienen: 172 dominicos; 211 menores de la observancia; 156 reformados; 41 alcantarinos; 89 conventuales; 196 capuchinos; 25 carmelitas de la antigua observancia; 79 carmelitas descalzos; 57 servitas; 5 de la Merced; 70 trinitarios; 56 mínimos; 21 Gerónimos y 29 penitentes. Canónigos y sacerdotes regulares hay: 27 canónigos de San Juan de Letran; 14 teatinos; 28 bernabitas; 52 somascos; 289 jesuitas; 20 clérigos regulares menores; 48 hospitalarios; 19 pádres de la Madre de Dios; 48 escolapios y 40 religiosos de San Juan de Dios.—Total, 10,101, sin contar los cardenales.

Pero volvamos á mi historia de estos días.

El primer recuerdo que acude á mi imaginación es el de las *Catacumbas*, cuyo nombre solo estremecerá tu alma cristiana.

Ya dejo dicho que la basílica de San Sebastian se levanta en las afueras de Roma, dos millas al Sudeste de la ciudad, en su melancólico desierto sembrado de ruinas. La iglesia fue construida el año de 567 sobre el cementerio del pontífice mártir San Calisto, y restaurada tal como hoy se encuentra á mediados del siglo XVII.

Cuando hube recorrido toda la iglesia, vino á mí un fraile de alguna edad y ascético semblante, y se me ofreció á guiarme por las Catacumbas. Yo le argüí con la molestia que le causaría. El me replicó que era su deber y su mayor gusto conducir á los cristianos en aquella sublime peregrinación. Acepté.

El religioso me llevó á la capilla de San Sebastian: allí encendió dos velas, de las cuales me dió una, y abriendo una puertecilla en que yo no había reparado, situada á la derecha del altar, se santiguó devotamente y pasó delante de mí.

Bajamos muchas tenebrosas escaleras, respirando un aire húmedo que me oprimía el corazón. Pronto llegamos á una galería, semejante á las de las minas,

abierta en una materia volcánica sumamente densa, y empecé á ver á un lado y á otro y sobre mi cabeza, nichos, lápidas, sepulcros, losas hacinadas... Anduvimos mucho tiempo de una galería en otra: á veces teníamos que bajar de nuevo: ya debíamos de estar muy distantes del haz de la tierra: de vez en cuando penetraba por sinuosos agujeros abiertos en la bóveda algun ténue rayo de la luz del cielo. Por lo regular la galería era tan estrecha, que apenas hubieran podido marchar por ella dos hombres de frente. De trecho en trecho se encontraba alguna plazoleta, punto de coincidencia de muchas galerías. Allí era el techo mas alto, y cerca de él se abrían otros corredores, á los que se subía por escaleras talladas en la roca. Eran otros pisos de la Catacumba, que en ocasiones tiene cuatro y seis. Pronto perdí por completo la idea del camino que habia traído y del lugar en que me hallaba, de cuánto habia bajado, de la dirección que seguía. Aquello era un laberinto interminable.

Y sin cesar, y en todos lados, veía tumbas y tumbas, lápidas y lápidas, de todas formas, de todos tamaños, ora en el suelo, ora en el techo, ya á los lados del sinuoso camino, ya en medio de las plazoletas. Al principio acercaba la luz á aquellas sepulturas y leía indistintamente epitafios cristianos ó gentiles, ó veía rarisimas obras de arte, estatuas deformes de los primeros siglos de la era vulgar, graciosos bajo-relieves paganos, frescos de la Edad Media, urnas cinerarias. Sobre algunas losas estaba grabado el instrumento que simbolizaba el oficio ó profesión que habian ejercido los seres allí enterrados; ora un cincel, ora una esteva, ora una espada, ora unas tenazas, ora un martillo.

El fraile que iba delante de mí y á gran distancia, se paraba de tiempo en tiempo y me señalaba el lugar en que habia sufrido el martirio tal ó cual papa, tal ó cual santo; ó me mostraba un sepulcro vacío. Y nos santiguábamos, y seguíamos; y el religioso desaparecía por aquellas misteriosas revueltas, y yo me perdía á veces, y le llamaba angustiado, y él se detenía hasta que percibía á lo lejos el resplandor de su vela.

Así caminamos tres horas en todas direcciones, sin pasar dos veces por un mismo sitio. Llegué por último á una plazoleta, donde habia una capillita, cerca de la cual se habia sentado el fraile. Por todos lados se abrían nuevas galerías.

—Esto no tiene fin, me dijo mi piadoso cicerone. Cuando usted quiera, saldremos.

—¿Y por dónde?

—Usted saldrá por una escalera que hay cerca de aquí, y se encontrará próximo á una puerta de Roma. Yo volveré sobre mis pasos hasta la iglesia.

Antes de separarme del religioso, hablé largamente con él acerca de las Catacumbas.

Es cosa ya probada que las catacumbas no fueron escavadas por los primeros cristianos, como han supuesto algunos autores. Las catacumbas son las canchales de donde se estuvo sacando piedra y arena durante diez siglos para la edificación de Roma. Así consta de los poetas y de los historiadores anteriores á Jesucristo.

Lo que aconteció fue que los cristianos, perseguidos por los emperadores,



Segador romano.

se refugiaron en aquellos subterráneos, los pusieron en comunicacion entre si; los ensancharon en ciertos parajes é hicieron de ellos su vivienda y su panteon.

Todavía no se han descubierto todas las catacumbas, que al decir de los arqueólogos sumaban una longitud de trescientas leguas (¡tan complicadas y reueltas son sus calles!) ¡y seis millones de sepulcros!!



Vista de Nápoles.

Los emperadores, en su odio á los sectarios de la nueva ley, cegaron ó tapiaron algunas catacumbas dejando enterrados vivos dentro de ellas á millares de cristianos, que murieron allí de hambre; y otras veces ocurrió que anduvieron persiguiéndolos muchos dias por debajo de Roma sin poder dar con ellos, puesto que se pasaban de un laberinto á otro, obstruyendo las galerías que de-

jaban á la espalda.—Por eso se les conocia con el nombre de *lucifuga natio* (gente que huye de la luz).

Despues de los Antoninos abolióse en Roma la costumbre de quemar los cadáveres y de guardar las cenizas de la manera que hemos visto en los *Columbarios*, adoptándose la inhumacion al uso de los cristianos. Entonces las catacumbas empezaron á ser el cementerio general de Roma, al par que el asilo de los fieles.

Asi se comprende que anden tan revueltas en aquellas oscuras galerias las sepulturas gentiles y las cristianas, hasta el punto que en una misma losa se lee por un lado el epitafio de un romano, adorador de Júpiter, con su leyenda: *Dius manibus*, y por el lado opuesto, el epitafio de un amante de Jesus.

De intento he referido áridamente mi escursion y evocado á la postre esos recuerdos: he querido que tú solo formes idea, antes que yo te la indicase, de las emociones que habrán agitado mi alma en aquel lugar sacrosanto. Allí nació la Iglesia: aquellas tumbas son el cimiento del vasto edificio que hoy cubre todo el universo. Allí estuvo enterrada la semilla del catolicismo. Allí fue minado por su base el mundo antiguo: de allí salió la nueva, la única, la verdadera civilización. Hoy es aquella ciudad tenebrosa la sepultura del paganismo, como antes fue la cárcel de los cristianos. ¡Allí las primeras ceremonias de nuestra fe! ¡Allí las predicaciones y la enseñanza á los neófitos! ¡Allí la eleccion de los papas! ¡Allí el martirio y la canonizacion de los confesores! ¡Allí la tumba de los santos! ¡Allí las cenizas de aquel caritativo ejército que, armado de la paz y revestido de la fe, luchó con el formidable imperio, hundió los altares de la gentilidad, venció con su constancia á los mas fieros tiranos y acabó por salir de la tierra y enseñorearse de los alcázares y de los templos de la ciudad reina del mundo, que los habia estado agoviando tantos años bajo su ominosa pesadumbre!—La basílica de San Pedro, el Vaticano, el sumo pontífice en la plenitud de su doble magestad, la grandiosa ceremonia que habia presenciado el dia de Pascua; todo aquel poder, toda aquella autoridad triunfante que dominaba sobre Roma, habian salido de aquellas mazmorras.—Lo esperaron los cristianos; lo anunciaron desde el primer dia y lo consiguieron al fin. Y la cruz labrada penosamente en las lóbregas entrañas de la tierra, regada con sudor, con lágrimas y con sangre, se levanta hoy sobre las siete colinas de Roma, sobre todos los templos, sobre todos los obeliscos, sobre todas las columnas, sobre cuatrocientas iglesias, sobre el altivo Capitolio,

.....
 Cuando salí de las Catacumbas é hirió mis ojos la luz del cielo, y me encontré solo en medio del campo, y miré en torno mio, y no vi mas que la superficie de la tierra, muda, insensible, indiferente..., me pareció que habia soñado aquel mundo subterráneo, aquella ciudad fúnebre, aquel tenebroso, inconmensurable templo.

.....
 Al dia siguiente de esta escursion, empecé otras mucho mas largas (como

que empleé en ellas dos dias), á *Tivoli* y *Albano*, dos pueblecitos preciosos, situados casi á igual distancia de Roma (cuatro ó cinco leguas), pero en opuesta direccion y á la falda de los montes que limitan al Sur y al Este la campiña romana.

Los dos son muy interesantes bajo el punto de vista histórico, por los monumentos y ruinas que encierran y por su pintoresca situacion.

Para ir á *Albano* se pasa por entre los escombros de la antigua ciudad de *Bovilia*, por mil otros restos de quintas y de acueductos, por tumbas solitarias y por grandiosas ruinas de colosales mausoleos.

Albano, situado á mucha altura sobre la campiña romana, oreado por saludables brisas, con su abundante vegetacion, sus monumentos antiguos y su gracioso lago, es, como *Frascati*, uno de los refugios de la aristocracia de Roma durante los calores del estío.

Aquella ciudad de 6,000 habitantes goza de gran celebridad en toda Italia por la hermosura de sus mujeres, aumentada, ó mas bien puesta de relieve, merced á su elegantísimo traje, que se compone de saya encarnada, corpiño negro, toca blanca y una exorbitante profusion de zarcillos, collares y sortijas.

De *Albano* son la mayor parte de los *modelos* que han servido en todos tiempos á los pintores y escultores de Roma.—No es, pues, extraño encontrar en aquellas campesinas los nobles rostros de las estatuas mas famosas ó de las *Madonas* mas celebradas.—Yo habia reparado ya en esto al ver en los *estudios* de mis amigos á varias albanesas de las que, por *escudo* y *medio*, pasan todo el dia mostrando los tesoros de su hermosura á los ávidos ojos de los artistas, mal envueltas, ora en el manto, ora en la clámide, ora en la túnica nazarena, cuando no desnudas como *Psiquis* y *Venus*, colocadas siempre en interesantes actitudes, ya tendidas en divanes de terciopelo negro, ya abrazadas á la cruz como la *Magdalena*, ya erguidas como *caríatides*, ya reclinadas en la lira ó en la esfera, para representar á *Safo* ó á la musa *Urania*.

Tivoli no es menos delicioso que *Albano*, y lo sobrepuja en importancia artística é histórica. *Tivoli* era el *Versalles* de los antiguos romanos, donde todos los hombres ilustres iban á descansar de las luchas civiles en el seno de los placeres.

Antes de llegar á aquella otra *Capua*, se encuentra la *Villa de Adriano*, en la cual este emperador habia tratado de reproducir todos los monumentos que habia admirado en sus largos viajes y sobre todo en la Grecia, levantando en medio de ellos un magnífico palacio. De todo esto solo quedan los cimientos y algunas preciosidades que aparecen de vez en cuando á fuerza de tenaces escavaciones. El bárbaro *Totila* fue el encargado de destruir aquellas maravillas, con cuyos mármoles destrozados hicieron despues cal los albañiles de la Edad Media.

En *Tivoli* se conservan muchas señales de las *villas* de *Salustio*, *Horacio*, *Propercio* y *Cátulo*. Allí se admira aun, aunque ruinoso, el célebre *Templo de la Sibila*. Allí se ve la estensa planta de la *Villa de Mecenas*, de la que todavia quedan en pie arcos y columnas de una belleza imponente. Allí, por último, con-

mueve fuertemente el corazón de todos los amantes de las letras la *Casa de la Sabina de Horacio*, enclavada ya en los montes de la Sabina, y de la que solo queda el sitio, demarcado por los nombres de algunos parajes citados frecuentemente por el poeta en sus inmortales obras.

Nada te diré de las muchas y muy notables quintas modernas que ha levantado la aristocracia de la Roma papal sobre las venerables ruinas mencionadas. Tivoli, —bástete saber esto,—sigue siendo una mansión de delicias, como los patricios romanos son todavía muy semejantes á los satirizados por Luciano y Juvenal.

También he estado en *Frascati*, á donde se va en camino de hierro. Allí he visto muchas villas lujosísimas, en donde veranea la aristocracia clerical de Roma, mientras el papa reside en su casa de campo de *Castel-Gandolfo*, que he distinguido á lo lejos, en la margen occidental de lago de Albano.

Cerca de Frascati se hallan las ruinas de *Túsculo*, antiquísima ciudad, arrasada por los romanos en el siglo XII.—Caton era natural de Túsculo. Allí tenía también Ciceron su casa de campo favorita. Hoy solo hay que admirar en aquellos lugares, aparte de los escombros, un convento de camandulenses y las hermosas vistas que desde él se disfrutan.

De vuelta en Roma, he pasado todos estos últimos días visitando iglesias y palacios.

En cuanto á las iglesias, no te nombraré sino aquellas en que he admirado algunas obras de arte notabilísimas. Citártelas todas fuera imposible. Roma encierra cerca de cuatrocientas, de las cuales apenas habré visto la tercera parte.

No pasaré, sin embargo, en silencio á *San Juan de Letran*, silla del patriarcado romano, de la que se ha dicho que «si el papa es en San Pedro el soberano pontífice, en San Juan de Letran es el obispo de Roma.» Y en efecto, los papas, despues de su eleccion, vienen á esta ilustre basílica á tomar posesion del obispado de la ciudad eterna.

San Juan de Letran fue construido por Constantino, cuya estatua colosal adorna el fondo del pórtico. El templo ha sido restaurado muchas veces; pero siempre conservando en lo posible la edificación antigua, á tal punto, que las primitivas columnas están como incrustadas en los macizos pilares levantados en tiempo de Inocencio X.

En la plaza que lleva el nombre de la basílica, se ve el mas grande obelisco de Roma, procedente de Heliópolis, y trasportado á Roma por orden de Constantino en un barco de 300 remeros.

En la fachada principal del templo se lee la famosa inscripcion: SACROSANTA LATERANENSIS ECCLESIA: OMNIUM URBIS ET ORBIS ECCLESIAE MATER ET CAPUT. (Sacrosanta iglesia de Letran, madre y cabeza de todas las iglesias de la ciudad y del mundo.)

La posicion de San Juan de Letran en un estremo deshabitado de Roma, cerca de las murallas y en una altura que domina las montañas de la Sabina y del Lacio, los viejos acueductos y la estensa campiña romana, contribuye á darle magestad y belleza á aquel insigne monumento del pontificado.

Como arquitectura, la iglesia es mas notable por su grandor que por su grandeza; y mas por su lujo que por su primor artístico; pero con todo, sorprende y hasta impone al primer golpe de vista, especialmente cuando se penetra en el interior y se ven de pronto sus cinco espaciosas naves y los diez gigantescos arcos que dan entrada á las capillas.

Sobre uno de los pilares se halla una pintura de *Giotto*, que representa á Bonifacio VIII proclamando desde lo alto del balcon de San Juan de Letran el Jubileo de 1300.—El grande artista retrató entre la muchedumbre á su insigne amigo el autor de la *Divina Comedia*.

Al Norte de la iglesia, y ya sobre la plaza de San Juan, se encuentra la famosísima *Scala Santa* que ningun cristiano que visita á Roma deja de subir de rodillas, por creerse tradicionalmente que sus veinte y ocho peldaños de mármol blanco pertenecieron á la escalera del palacio de Pilatos en Jerusalem.—Una vez arriba, se baja en la forma ordinaria por cualquiera de las cuatro escaleras laterales que se apoyan en aquel venerable monumento.

Yo hice lo que todos. Dios me lo tome en cuenta.

También merece especial mencion entre las iglesias de Roma, la nueva *Basílica de San Pablo*, inaugurada por Pio IX en 1847, sobre el lugar que ocupaba otra fundada por Constantino y devorada por un incendio en 1823. La *Basílica de San Pablo*, situada en las afueras de la ciudad, es indudablemente portentosa por sus proporciones, por el lujo de sus mármoles, por sus columnas gigantescas de una sola pieza y por otras circunstancias; pero á mi juicio y en opinion de la generalidad de los viajeros, carece de armonía, de expresion, de belleza.

No sin pena dejo de hablarte de otros templos (entre ellos, de *Santa Croce in Jerusalemme*, erigido por Santa Elena, ¡por la madre de Constantino!...) y de describirte todo lo que he visto en cada uno; los cuadros, las esculturas, las reliquias... Pero esto seria interminable.

Y cuenta que solo con las reliquias podria haber cautivado tu atencion horas y horas; pues entre las que he tenido la dicha de ver, las hay tan venerables y sagradas como la *Vara de Moisés*, que se conserva en San Juan de Letran; como la *Cabellera de Jesucristo*, que se enseña en *Santa María la Mayor*; como las *Mantillas* del niño Jesus y su *Retrato*, hecho á los doce años; como varios *Retratos de Virgen pintados por San Lucas*; como la *Mesa en que cenó Cristo con los Apóstoles*; como la *Piedra en que los soldados jugaron los vestidos del Salvador* (todo esto se halla en San Juan de Letran); y finalmente, como la *Tablilla* que colocó Pilatos sobre la cruz, y en la cual se lee todavía (yo lo he leído): *Jesus Nazarenus, rex judæorum*.

A este tenor hay en los templos de Roma centenares de miles de reliquias... —¿Cómo enumerártelas siquiera? ¡Imposible!